

más, importantes del teatro shawiano. Además, hemos tenido la fortuna de asistir a una espléndida puesta en escena. Jorge Petraglia revela, una vez más, sus grandes aptitudes de director y el cabal conocimiento del oficio. Ha intercalado en el texto un relator que aporta ilustrativamente partes del extenso y jugoso prólogo, con lo que consigue aderezar aún más la obra. Ha marcado eficientemente los contrastes entre las diferentes psicologías de los protagonistas: Juana, valiente y exaltada; Carlos, cobarde y calculador; Cauchon, cegado por la letra de un código religioso; Warwick, político que no repara en medios para obtener lo que busca, etc.... Ha sabido, igualmente, darle un ritmo vivaz y destacar los momentos humorísticos. En suma, una dirección encomiable, que nos reconcilia ampliamente con nuestro teatro.

El papel de Santa Juana lo protagoniza Delia Garcés, que cumple una de sus mejores actuaciones en escena. Los años se

han rendido ante su delicada belleza, de modo que alcanza a dar a su papel toda la juventud que necesita, aportando, además, su experiencia y su sensibilidad. Su compenetración del personaje es perfecta y vive tan intensamente su drama que, en numerosas ocasiones, llora lágrimas auténticas. Correcto Roberto Aulés como el relator. Jorge Petraglia compuso un acertado y antipático Delfín y Ariel Keller se lució en un Cauchon diferente al habitual. El resto del elenco se desempeñó con suma corrección.

La escenografía y el vestuario de Leal Rey son dignos de la obra. Un escenario sobrio, todo en gris, con un practicable y dos ventanas al fondo, le han bastado para crear un clima extraordinario. Los muebles, rústicos y pesados, se adecúan perfectamente a la época y, por último, los trajes, de un exquisito buen gusto, son el toque que termina de seducir al espectador y concitar sus más cálidos elogios. ♦

"premio internacional de pintura-Instituto Torcuato Di Tella, 1963"

● HORACIO SAFONS

LUEGO de haber expuesto los datos y referencias necesarios para conocer las finalidades y obra del Instituto Torcuato Di Tella (Estudios N° 547), nos abocaremos a comentar la parte plástica.

En principio, debemos señalar que en modo alguno este Premio ha reunido los valores más significativos del movimiento plástico internacional, ni del nacional. No se nos muestra, siquiera aproximadamente, el rico, intenso y variado mundo plástico de hoy día, y en el aspecto que concierne a lo nacional, no están los mejores talentos, ni los jóvenes más consiguientes y disciplinados del quehacer artístico.

Teniendo en cuenta esto, y las obras que concursaron en el Premio Internacional, nos parece acertado que el mis-

mo fuera otorgado al argentino Rómulo Macció, pese a que la estructura de sus obras no alcanza para sostener la densa expresividad del color, toda vez que la incorporación de numerosos y distintos elementos, opuestos y/o concordantes, no obstante buscar una fuerza de tensión, se quedan en la simple vehemencia y producen una evidente discordancia. Pero, indudablemente, ante un Pucciarelli y un Testa, elegantes sin compromisos, o un Hans Platschek, atiborrado de efectos y superficialidad, Macció descuella con sólo aproximarnos a una sugerencia de espontaneidad, complejidad y misterio.

Con excepción del polaco Maryan, que no sabemos si ironiza o si teme, si sus imágenes son dominadas o lo dominan, y

del español Antonio Saura, que da al trazo una notable función expresiva, el resto de los participantes del Premio Internacional no tienen a nuestro entender mayor significación.

En lo concerniente al Premio Nacional, nos parece que debió ser otorgado a Roberto Aizenberg, ya que ninguna de las obras expuestas, ya sean participantes del Premio Nacional o Internacional, alcanzan la envengadura plástica y poética de los trabajos de Aizenberg. La lucidez con que están utilizados los factores: formales, tonales o significativos, y la fuerza, antes espiritual que emotiva, que imprime un sentido de totalidad y compromiso, basta y sobra para ser acreedor único entre los participantes del Premio Nacional Torcuato Di Tella.

No obstante, el Premio correspondió a Luis Felipe Noé, pese a que aún necesita establecer el campo de su composición, la técnica del hacer, el destinatario o, al menos, la sobriedad y seriedad del oficio. Elementos extraartísticos y extraexpresivos no alcanzan a cumplir una evidente función de espectacularidad. Se trata, pa-

rece, de montar un aparato de desconformismo que se diluye en una agresividad gratuita, y por tanto, ridícula y foránea de la expresión. Falta unidad, falta tensión y falta libertad expresiva, porque hay exceso de recetas y convencionalismo y no encontramos, siquiera, el pseudo mérito de la novedad. Esto es tremendo en un artista que busca unidad, tensión y libertad de formas, contra toda fórmula convencional.

En la misma línea, aunque con mayor sentido y concepción plástica, se ve a Jorge de la Vega y Antonio Seguí.

Osvaldo Borda, Aníbal Carreño, Rogelio Polesello y Silvia Torrás, se quedan en los ejercicios de buen gusto, sin pena ni gloria.

Ernesto Deira incorpora, como Macció, gran variedad de factores, pero demuestra mayor control y logra hacerlos concurrir al logro de su composición. De su especial expresionismo, apenas conserva el riesgo de dar a cada elemento una dirección y, no obstante, mantener la unidad de la obra. ◆